

mezquina actitud», para «poner en tela de juicio nuestra obra, para gusto y justificación de las fuerzas que por allá no descansan para producir la contrarrevolución».

Mucho más ponderada fue la actitud del *Diario de la Marina*, miembro fundador en La Habana de la propia SIP que, tras subrayar que la organización no perseguía ningún fin político, destacó que «con igual sinceridad con que votamos en la SIP protestando de la odiosa censura impuesta por el gobierno de Batista, hemos enviado ahora un mensaje cablegráfico al señor Gainza Paz, presidente de ese organismo, manifestándole que, a nuestro juicio, hay libertad de prensa en Cuba no obstante una interpretación excesiva del derecho de réplica y de la actitud de ciertos voceros que tienden a desacreditar ante la opinión pública al autor de cualquier comentario editorial crítico o discrepante», por ello, concluía el periódico conservador, «todo indica que la SIP, al referirse a Cuba, no se quedará más acá ni irá más allá de lo dicho por los periodistas cubanos, cuyo enjuiciamiento del problema no puede ser más objetivo»⁷.

Por su lado, el periódico *Avance*, cuyo director centró buena parte de las críticas de la prensa revolucionaria por su intervención en el evento de la SIP, tal como hemos visto, trató de definir el derecho de réplica y, en definitiva, de destacar la peculiaridad de la prensa cubana en aquella tesitura. «Actualmente hay que apuntar que los gobernantes polemizan con la Prensa, discuten con los periodistas, pero no ejercen sino en contadas ocasiones y para asuntos accesorios el puro y verdadero Derecho de Réplica, que consiste, repetimos, en limitar al órgano de publicidad en que se ha sido atacado o aludido las consecuencias de la respuesta, pues a lo que se aspira con lo contrario, en estos momentos, no es a salvaguardar la propia opinión ni el personal criterio sino a hacer propaganda generalizando la controversia y enterando de ella a todo el mundo, para provocar escándalo y producir intimidación»⁸.

Paralelamente, el mismo periódico había tratado de vindicar la «libertad de prensa» como base de la sociedad civil, y se había dirigido a Fidel Castro para recordarle, de alguna manera, su derecho a disentir en el contexto de un sistema democrático. «Parodiando a José Martí, pues, podemos decirle a Fidel Castro que buena sombra da al periodismo actualmente el árbol vigoroso de la libertad que él plantara en el suelo patrio el histórico 26 de Julio, pero que nosotros entendemos que no nos la da para que sus hijos durmamos descuidadamente bajo sus ramas. La libertad de Prensa, en efecto, es una conquista consagrada pero que debe ser defendida y reafir-

⁷ «La SIP y la libertad de prensa», 7 de octubre de 1959, recorte adjunto al despacho citado.

⁸ «El Derecho de Réplica», 8 de octubre de 1959, recorte adjunto al despacho citado.

mada mediante la buena práctica periodística de cada día —esa buena práctica de la que hace gala *Avance* en cada edición—, pues a fin de cuentas, lo único que nos separa de la mecánica de los que piensan y actúan de manera distinta, es que nosotros queremos sembrar en el surco abierto en Cuba por el arado de la Revolución la semilla que nos parezca mejor y que escojamos libremente nosotros y no la que trate de imponernos la demagogia de turno o la oficiosidad ajena»⁹.

A mediados de noviembre se produjo una violenta polémica entre los periódicos *Revolución* y *Prensa Libre*. La dinastía de los Carbó con *Prensa Libre*, por un lado, y los Rivero, con *Diario de la Marina*, por otro, constituían aún los dos grandes ejes de la prensa institucional cubana, representativos de dos tendencias políticas tradicionales, la liberal y la conservadora, en términos generales. En un editorial del 22 de noviembre, el segundo de los rotativos se defendió «ante la agresión y el boicot» que, según refería Lojendio, trataba de «ahogar cualquier voz discrepante y cualquier crítica por limitada que sea».

Ahora bien, frente a la acción sistemática contra el menor atisbo de disidencia revolucionaria o, mejor, frente a la más insignificante crítica al ala dura de la Revolución, la «propaganda comunista» sí tenía, «en cambio, absoluta libertad para llevarse a cabo, y sus figuras tanto internacionales como nacionales nunca han sido objeto del menor ataque de la prensa revolucionaria ni de los dirigentes políticos». Aparte de la campaña contra los Estados Unidos, lo más significativo en este ámbito eran los desembozados y frecuentes elogios a la Unión Soviética y a la República Popular China que se leían en la propia prensa radical y se escuchaban de labios de algunos de los más «destacados voceros del grupo extremista revolucionario».

La desaparición de la prensa libre

La polémica entre el poder político y el «cuarto poder» se saldó, como era de esperar, en detrimento de éste último y con ello no tardó en ratificarse el carácter totalitario de la Revolución, pues la prensa libre era, nada más ni nada menos, que la última garantía democrática, la plasmación social del simple y elemental derecho a disentir de la línea oficial del gobierno.

En febrero de 1960, coincidiendo prácticamente con la firma del convenio comercial ruso-cubano, ciertamente trascendental para el futuro inme-

⁹ «La situación peculiar de nuestra prensa», *Avance*, 6 de octubre de 1959, recorte adjunto al despacho citado.

diato del país, Fidel Castro relanzó los ataques contra el *Diario de la Marina* y, en particular, contra su director José Ignacio Rivero, acción en la que se vio apoyado por el franciscano Biaín y por Andrés Valdespino. Biaín, director de *La Quincena*, una publicación religiosa que había dado muestras de simpatía hacia la insurrección y que, posteriormente, se había identificado con el proceso, no tardaría en recibir el agradecimiento a su espíritu revolucionario y, a escasas fechas de la invasión de Bahía de Cochinos, en abril de 1961, vio cómo su revista era clausurada por un grupo de milicianos, dadas las especiales circunstancias por las que atravesaba la Revolución. Valdespino tardaría aún menos tiempo en exiliarse.

A mediados de marzo de 1960, según informaba Jaime Caldevilla, consejero de información y prensa de la representación española, suspendieron su publicación los periódicos *Diario Libre*, *Diario Nacional*, *Excelsior* y *El País*, «todos habían sido empresas privadas y pasaron gradualmente a ser órganos gubernamentales». Ante la imposibilidad de sostenerlos, el gobierno había determinado su suspensión y la agrupación de sus plantillas en una nueva empresa estatal, la Imprenta Nacional, para la edición de libros, «no obstante bastantes periodistas profesionales quedarán sin trabajo»¹⁰.

Junto a las tensiones generadas por el desmantelamiento económico del país y el enfrentamiento dialéctico con los Estados Unidos, el debate sobre la creciente influencia comunista en las instancias del poder centró cada vez más la controversia pública, tal como aseguraba el consejero de la embajada de España. El periodista Conte Agüero, que gozaba inicialmente de la confianza de Fidel Castro, provocó por aquellas fechas un nuevo escándalo al comenzar una campaña televisiva anticomunista. «Desautorizado por el Gobierno se le impidió ayer (25 de marzo), presentarse en el Canal 6 de Televisión por una turba de comunistas»¹¹.

Poco después, en unas declaraciones al periodista norteamericano Richard Bates, Castro se refirió a las críticas anticomunistas con palabras alusivas a Franco y a los fascismos europeos y, de paso, aprovechó para criticar unas recientes declaraciones del presidente Eisenhower que, en su mensaje a los estudiantes de Chile, aseguraba que el primer ministro de Cuba había traicionado a su propia revolución. Según indicaba, pues, el mandatario cubano: «Yo creo que Hitler y Mussolini empezaron a hablar acerca del comunismo para perseguir a todos los hombres libres. Recuerden a Hitler, recuerden a Mussolini, recuerden al señor Franco, el amigo de Eisenhower. Lo único que Franco, Mussolini y Hitler acostumbraban a

¹⁰ Informe de Caldevilla del 19 de marzo de 1960 (AGA. Exteriores, C-5360). Se rumoreaba, asimismo, la pronta desaparición de la revista *Carteles*.

¹¹ Informe de Caldevilla del 26 de marzo de 1960 (AGA. Exteriores, C- 5360).

decir era que el enemigo era el comunismo... yo creo que existe alguna similitud en la política del Gobierno norteamericano, que parece haber adoptado la política que en otro tiempo sirvió para impulsar al fascismo»¹².

El clímax del enfrentamiento entre el bloque revolucionario y la prensa independiente se produjo poco después, y estuvo simbolizado por la desaparición del histórico *Diario de la Marina*, asunto que fue calificado por Caldevilla como el «acontecimiento más sensacional de toda esta época revolucionaria». A lo largo de un minucioso informe, el consejero de prensa de la embajada de España realizó una intensa descripción de los hechos que culminaron con el cierre del viejo rotativo habanero. «El *Diario de la Marina*, que saludó el triunfo de Fidel Castro como una necesidad democrática ante los graves errores y atropellos de la dictadura del general Batista –escribía Caldevilla–, comprendió muy pronto que en el seno de la revolución la fuerza que se imponía era el extremismo totalitario de izquierdas con marcada tendencia marxista. Con gran valentía comenzó a combatir esta desviación revolucionaria tropezando no sólo con la persona de Fidel Castro y su Gobierno; sino también con la incompreensión de un sector del catolicismo militante y aun de algunos miembros de la Jerarquía eclesiástica»¹³.

La lucha abierta contra el histórico periódico y contra la línea editorial de su director, José Ignacio Rivero, hacía temer un desenlace similar en fechas más o menos próximas, pero la impresión dominante era que los acontecimientos se habían precipitado. La ocupación del periódico en la madrugada del día 11 de mayo había sido precedida, en efecto, por una intensa polémica entre el comentarista radiofónico José Pardo Llada, «hombre sin escrúpulos ni moral, cuya bajeza de lenguaje es proverbial y cuya radioaudiencia es numerosísima en los estratos más bajos de la sociedad», y el director del rotativo, «a quien pretendía llevar a los tribunales con falsas acusaciones y pretextos». El día 4 de mayo, sin embargo, la mayor parte de los miembros de la plantilla del *Diario de la Marina*, perteneciente a todos los rangos de responsabilidad en el mismo, dirigieron a su director una carta ofreciéndole «todo nuestro apoyo moral en la polémica suscitada por José Pardo Llada». Los 278 firmantes de los cuatrocientos con los que contaba el rotativo no dudaron en manifestar que «ante los insultos gratuitos y las procacidades de quien a través de muchos años no ha sabido ser más que el alabardero del gobernante de turno, volviéndole luego las espaldas cuando la recompensa no ha estado a la altura de sus ambiciones persona-

¹² Informe de Caldevilla del 23 de abril de 1960 (AGA. Exteriores, C-5360).

¹³ Informe de Caldevilla del 14 de mayo de 1960 (AGA. Exteriores, C-5360).